

D 20

C 38

v. 6

Esta obra es propiedad del Editor, quien se reserva todos los derechos de propiedad literaria y artística de la misma, y perseguirá al amparo de las leyes á todo aquel que la reimprima ó que reproduzca sus láminas fraudulentamente.



AT. LISIHO

Imprenta y Litografía de F. Nacente.

## CONTINUACION DEL LIBRO DUODÉCIMO

### CAPÍTULO IX

#### GRANDE INTERREGNO.—FIN DE LOS SUEVOS Y DE LA GUERRA DE LAS INVESTIDURAS.

**Conrado IV.**—Guillermo, conde de Holanda, que había aceptado la corona de Germania, se encontró por competidor á Conrado, hijo de Federico II, que solicitado en vano para rebelarse contra su padre, había defendido siempre su causa, sobre todo desde que era rey de romanos. No faltaban partidarios á uno y otro, pero parecía á Inocencio IV que su misión no se concluiría completamente mientras existiese un vástago de la rama de los Hohenstaufen. Escribió, pues, á los señores de las Dos-Sicilias que no reconocieran ningun rey más que al papa; á las ciudades y príncipes de Alemania, que cesaran en su obediencia á Conrado IV, y que no admitieran á la comunión, ni como testigos, más que á los que se separasen de los Hohenstaufen. Declaró por último desposeído á Conrado hasta del ducado de Suabia.

Abandonando después la ciudad de Lion, donde había hallado un asilo (1), para volver á Génova su patria, atravesó la Lombardia reanimando por todas partes el valor de los Güelfos. Pero entre tanto los Gibelinos dominaban en Roma, donde el pueblo se eligió un senador en la persona del boloñés Brancaléon de Andalo, unido con Ezelino, con Pelavicino y otros señores de aquella opinión. Brancaléon sostuvo la tranquilidad en la ciudad con medidas sanguinarias. Inocencio IV fué á instalarse en la ciudad de Asis, pero el senador le intimó de parte del pueblo la orden de volver á su patria (2). Conrado el apoyo de los Gibelinos, cuantioso en su estancia en esta ciudad, puso la primer piedra del puente sobre el Ródano, y escitó á los lionenses á formar una liga para defender sus franquicias contra los señores de Austria. Debieron, pues, á este pontífice la independencia de sus ciudades. Véase, *Revista Lionesa*, diciembre, 1837.

(3)

(4)

HIST. UNIV.

do fué á Italia con escasísimos recursos (1261), y convocó en Goito, en el territorio de Mántua, á los jefes de este partido, entre los cuales á Ezelino, temible tirano, que no estuvo entonces lejos de fundar un Estado independiente, si la sangre no fuera una base demasiado inestable. En vano había ensayado con él el papa las promesas y las amenazas: se obstinaba en el camino de la violencia, y la ponía por obra para sostener las pretensiones del emperador. Las ciudades güelfas renovaron en consecuencia la liga, en la que habían reconocido residía su salvación; y el papa les prometió trescientas lanzas mantenidas á sus espensas.

**Manfredo.**—Trasladóse Conrado por mar al reino de las Dos-Sicilias, donde todo estaba trastornado, en atención á que unos pretendían gobernarlo á nombre del pontífice y otros al de Federico. Este había dejado un hijo de Isabel de Inglaterra, llamado Enrique, que de edad apenas de trece años, era demasiado joven para tan tempestuosos tiempos. Quedaban de su otro hijo, Enrique, rey de romanos, dos hijos, habiendo destinado Federico al mayor el ducado de Austria, que había vuelto al imperio por la muerte de Federico el Belicoso. Pero había tenido de una marquesa Lancia, de Lombardia, á Manfredo, príncipe de Tarento. De edad de diez y ocho años, lleno de ardor caballeresco y ambición, á la muerte de su padre puso mano en el gobierno, sujetando la Sicilia, así como las ciudades que aspirando á darse un gobierno municipal, habían elegido concejos para reemplazar á los bailíos reales. Cuando Conrado llegó, le ayudó poderosamente á someterlas. Pero Conrado empleó en esta tarea un vigor excesivo. Vencedor de Nápoles después de una larga resistencia, saqueó la ciudad, obligó á sus ciudadanos á desmantelarla, y entregó al verdugo á los jefes de la rebelión. Estas y otras severidades hacían que los pue-

bles dijeran: «Este es un alemán,» mientras que repetían de Manfredo: «Es un italiano.»

Su carácter benévolo y la actividad de que había dado pruebas Manfredo le hicieron sospechoso á Conrado, quien para humillarle, revocó las donaciones que había hecho á aquel príncipe después de la muerte de Federico, y depuso al justicia mayor de Tarento, y á otras hechuras de él. Pero, así como en la época de su amistad se había atribuido á Conrado y Manfredo la muerte de su hermano Enrique y su sobrino Federico, después de su rompimiento, imputaron á Manfredo el prematuro fin de Conrado, que murió á la edad de veinte y seis años (1254).

De esta manera se encontró Guillermo de Holanda solo rey de Alemania; pero aunque valiente, este joven príncipe no pudo nunca inspirar amor ni respeto: un vecino de Utrecht le persiguió en las calles á pedradas; su mujer fué robada en un camino por un hidalgo, y se vió obligado á pelear sin cesar, sostener sitios hasta el momento en que murió en una guerra contra los frisones (1256) antes de haber sido coronado en Italia.

Encontrábase el Imperio en tal decadencia, que no fué ambicionado por ningún príncipe: todos se hacían la guerra unos á otros; la anarquía era completa hasta el punto que para poner coto á los desórdenes de la Westfalia y de las orillas del Rhin, se formó una confederación renana. Se vió la hermosa diadema siciliana, que Enrique VI había deseado tanto perpetuar en su familia, ofrecerse á quien quisiera tomarla. Inocencio se la propuso á Carlos de Anjú, hermano de san Luis; pero Blanca de Castilla, regente entonces, no admitió la proposición. No fué aceptada por Ricardo de Cornualles, que comparó la oferta á la de la luna; en fin, el rey de Inglaterra Enrique III la aceptó para su hijo Edmundo, sólo como un patrimonio para este príncipe contrahecho, y le envió algún dinero para sostener la guerra. La corona de Germania fué también ofrecida á Ricardo de Cornualles, que no tenía otro mérito que sus inmensas riquezas con poco poder (1257); la aceptó con promesa de pagar ocho mil marcos de plata al arzobispo de Maguncia, doce mil al de Colonia, y diez y ocho mil al conde Palatino. Pero los otros electores á quienes sólo dió ocho mil, creyéndose agraviados por esta diferencia, proclamaron á Alfonso X de Castilla, que mostró merecer muy poco el sobrenombre de Sabio, aceptando este puesto mediante 20,000 monedas que prometió á cada elector (2), y hé aquí al imperio de Carlomagno, vuelto al tiempo de Didio Juliano y vendido al mejor postor.

Desembarcó Ricardo en el continente con la fuerza de 700,000 libras esterlinas; se hizo coro-

(2) Es la primera vez que se ve restringida la elección entre los grandes dignatarios, con esclusión de los demás grandes vasallos.

nar en Aquisgram, y consiguió someter casi todos los Estados; pero en nada más puede decirse que ejerció su disputada autoridad sino en conceder privilegios, entre los cuales es digno de mención por su gran utilidad el de la abolición de tantos derechos impuestos por los señores sobre la navegación del Rhin, que la entorpecían sobremanera. Posteriormente las turbulencias de Inglaterra le llamaron á esta isla, en donde le detuvieron largo tiempo, muriendo finalmente en ella en 1272.

También fué detenido Alfonso en España por sus asuntos domésticos, y no ciñó nunca la corona imperial; llamóse en consecuencia á esta época el *grande interregno*, no porque faltasen emperadores al imperio, sino porque no poseían ninguna autoridad real. Fué una época desgraciada para la Alemania, que vió el derecho del puño, es decir, de guerra privada (*faustrecht*), resucitar más deplorablemente que nunca: á los antiguos odios añadieron nuevas ocasiones de batallas las investiduras dadas por los diferentes emperadores, y los pueblos no sabían á quién recurrir contra las usurpaciones de los señores, cuyo capricho era la única ley.

Entre tanto en Italia, la cuestión entre el imperio y el sacerdocio se había envenenado por los odios nacionales. Aquella raza suabia engertada en el tronco normando, y que no se apoyaba sino en guerreros y magistrados árabes ó alemanes, era mal mirada por los italianos, celosos de la independencia de su patria; desagradaba también á las repúblicas como enemiga hereditaria de sus franquicias; y los papas que la habían encontrado siempre en oposición con la Santa Sede, distaban mucho de estar favorablemente dispuestos con respecto á ella.

**Conradino.**—Conrado había dejado un niño de tres años, nacido de Isabel de Baviera, y conocido con el nombre de Conradino. Como desconfiase de Manfredo, le había confiado á la tutela de Bertoldo de Hohemburgo, señor bávaro. Este, conformándose con la voluntad del difunto, le recomendó á la benevolencia del papa, que respondió que el reino de Sicilia pertenecía á la Iglesia; que su intención era dejar á Conradino el ducado de Suabia y el título de rey de Jerusalén; y que cuando el joven príncipe hubiera llegado á la edad de hombre, haría examinar sus derechos sobre la Sicilia. En medio de estas rivales pretensiones, todo el que encontraba el poder á su alcance, le usurpaba sin escrúpulo, éste en nombre del papa, aquél en nombre del rey, otro en nombre del conde, otro el de nadie; y la Sicilia se había declarado pública estendiendo sus instituciones municipales viéndolo á los italianos mal dispuestos respecto á él por su cualidad de extranjero; regió la regencia á Manfredo.

**Manfredo.**—Había designado Federico príncipe para sucederle, en el caso de que muriese sin heredero, y su conducta parecía que aunque hacía que trabajaba por su

no, Manfredo trataba de apoderarse del reino para sí mismo. Energía, valor, prudencia, en fin, le adornaban todas las prendas que eran para su intento necesarias. Persuadido desde un principio que no podría resistir al papa, y de que éste no tardaría en enajenarse los ánimos, se humilló reconociéndole no tan sólo como señor, sino como verdadero soberano del reino (1254). Con esta condición le concedió Inocencio el principado de Tarento y las demás tierras como feudo de la Iglesia, con cargo de proporcionar en toda requisición cincuenta ginetes por cuarenta días; además le delegó como su vicario aquende del Faro con la asignación de ocho mil onzas de oro, mientras que la Sicilia quedaba bajo el gobierno de Pedro Rufo, nombrado por Conrado IV. Inocencio hizo después su entrada en el país, acompañado de los desterrados á los cuales devolvía su patria, y acogido con alegría tanto por la población como por los señores.

Esta buena concordia no era más que aparente. Desde el principio se urdieron traiciones y se dieron combates abiertamente entre ambas facciones: después, habiendo dado muerte la escolta de Manfredo á Borello de Anglona, hechura del papa, Inocencio intimó á Manfredo ir á justificarse. Pero en lugar de obedecer pensó en resistir; y viendo que no podía contar con los regnicolas, acudió á Lucera, entre los sarracenos que su padre había establecido allí (noviembre). Esta ciudad le acogió con entusiasmo, pusieronse tesoros á su disposición, y tomó á sueldo tropas de todas las naciones, aun de las enemigas (3). Habiendo protestado los barones que no estaban obligados á militar fuera del reino, Manfredo no vaciló en consentir en su protesta, y para reemplazarlos tomó á sueldo por seis meses y con doble paga á dos mil alemanes (4), y confió la custodia y el gobierno de las ciudades güelfas que sometió, y de las gibelinas que se le unieron, á los capitanes de estos mercenarios y á los condes rurales, gente también extranjería.

Orgulloso con la próspera fortuna de sus armas, rehusó prestar homenaje al sucesor de Inocencio, Alejandro IV (7 diciembre). Extendióse la guerra, y el legado Octaviano de los Ubaldini reunió todos los enemigos que contaba Manfredo. Pero por todas partes triunfaba aquel príncipe, y se mostraba digno del trono por su actividad. Habiéndose esparcido ó esparciendo él la noticia de la muerte de Conradino, se hizo coronar en Palermo (11 de agosto de 1258), y el papa le escomulgó con sus amigos. Pero se constituyó centro de todos los gibelinos de Italia; ocupa á Nápoles, y se la concilia con el perdón y el olvido y encontrándose como señor en las marcas de Ancona y de Espoleto, cogió en medio los Estados Pontificios, contrajo matrimonio con una hija de Pedro de Aragon, se ro-

deó de sabios, juglares, concubinas, y tuvo una corte á la oriental.

Alejandro tuvo por sucesor á Urbano IV (Santiago Pantaleon), papa que hizo pintar en los vidrios de la iglesia de Troyes á su padre trabajando en su oficio de zapatero (1261). El nuevo pontífice trató de hacer la más cruel guerra á Manfredo, oponiéndole un competidor.

**Carlos de Anjú.**—Después de haber casado Raimundo de Berenguer, conde de Provenza, á sus tres hijas mayores con tres príncipes coronados, había dejado, al morir, á Beatriz (1248), la cuarta, de edad núbil, bajo la tutela de sus parientes, que ofrecieron su mano á Carlos de Anjú, hermano del rey de Francia. Disgusto y temor sintieron los provenzales por la pérdida de su independencia, y lamentándose decían: «En vez de un valeroso señor, los provenzales no tendrán más que un amo: ya no podrán edificar torres ni castillos, y no se atreverán á llevar lanza y escudo contra los franceses. ¡Oh! antes morir que consentir en tan baja humillación.» (5)

En efecto, pronto se vió la Provenza inundada de oficiales franceses; arrebatóse la libertad á aquel gran concejo, y se vió multiplicarse los impuestos, confiscaciones, prisiones y suplicios arbitrarios. Las riquezas que Carlos adquirió de esta manera, le inspiraron la ambición de elevarse al nivel de su hermano: ardía también en deseos su mujer de tener una corona como sus tres hermanas, sobre todo, desde que habiéndose encontrado con ellas en una mesa franca, se había visto obligada á colocarse en un puesto inferior. No titubearon, pues, ambos esposos, cuando el papa les ofreció el reino de las Dos-Sicilias; pero como era preciso conquistarlo, y la Provenza, regida por el sistema feudal, no daba guerreros sino por cuarenta días y para cortas distancias, fué necesario recurrir á los aventureros, cuyas soldadas se pagaron en parte con los diezmos impuestos sobre los bienes de las iglesias de Francia, y en parte con las preciosas joyas que se empeñaron de la princesa. Unieronse también algunos para ganar las indulgencias, otros por amor caballeresco á Beatriz y *para hacerla reina*, y los más por la codicia del botín, y así pudo hacer alarde de treinta mil combatientes, con cuyo sosten y el de las indulgencias pasó Carlos á Italia (1264).

Imponíale el papa por únicas condiciones pagar anualmente á título de tributo, mil onzas de oro y un caballo blanco, proporcionarle cuando lo exigiese trescientos hombres de armas, no aceptar jamás la dignidad imperial, y abdicar la de senador de Roma, tan pronto como fuese rey, debiendo además respetar los derechos del clero y la constitución que el papa daría á la Sicilia. Carlos lo prometió todo, resuelto á no cumplir nada.

Esta expedición podía considerarse como una cruzada formada con objeto de cerrar á los árabes

(3) NICOLÁS DE JASMILLA, p. 500, 536. R. I. S.

(4) SABA MALASPINA, *Hist.* II, 22. Rer. It. Script. VIII.

(5) Poesías de los trovadores.